

No desdeña, no descuida el alto Cuerpo la faz moral de la vida, ni el dominio del sentimiento; profesa la solidaridad, conserva sus tradiciones buenas, se conduce del infortunio de sus miembros, consuela sus dolores; con elogio íntimo y oficial panegírico honra a sus muertos y venera con unción a sus lumbreras extinguidas. Muy verdad, si los destellos de la ciencia la iluminan, los aromas de la amistad la fortifican.

Al tocar su año quincuagésimo se detiene a contemplar su pasado, toma aliento y se inyecta nuevas energías para proseguir su senda y cumplir sus altos destinos; se ha mantenido respetable y digna, pero su acción, su pensamiento alcanza limitadas fronteras y casi escondida no se mira de lejos, su influjo no trasciende bien en los ámbitos; hoy aspira a penetrar en la conciencia nacional, quiere convidar con su jugoso fruto, quiere vivir la vida fecunda y para formarla pide a sus hijos el calor de la idea, mas solícito interés y amor legítimo. Con este propósito va a llenar sus vacantes; cierto que para ocuparlas hay que vestir la blanca túnica de la moralidad y el saber; por ventura hay inteligencias y actividades lejos de su regazo dignas, muy dignas de merecer el diploma y distintivo académicos. Se propone también reformar e infundirle mayor interés a su *Gaceta*, modernizar este órgano que estampa sus estudios y condensa sus deliberaciones; con novedoso material y escogida crónica podrá, con mejores alas, volar más distante y llevar a las alturas el grano y la flor de su labor científica.

He aquí delineada en bosquejo la personalidad moral y científica de la Academia Nacional de Medicina, ya se ve que ostenta sus blasones y guarda su abuelo; se adivina su porvenir, tiene materia prima y substancia para existir y crecer. Como centro de trabajo y de especulación es benéfica a sus miembros, porque hay choque de ideas y trueque de conocimiento; como cuerpo colectivo se convierte en Institución de utilidad pública; por su labor asidua, seria y tenaz ha merecido justamente la protección del Estado y al tocar hoy una etapa histórica, se inspira de nuevo en el amor a la Humanidad y se alienta ante la efigie santa de la Patria.

México, enero de 1914.

Dr. Gonzalo Castañeda,
Primer Secretario.

Brindis pronunciado en el banquete celebrado en el Tívoli del Elíseo, el 31 de agosto de 1913, al reanudarse las sesiones recreativas de la Academia Nacional de Medicina, interrumpidas durante muchos años.

SEÑORES ACADEMICOS:

Manifestaciones de nuestra vida colectiva, tan raras como esta, verificadas fuera de las austeridades del recinto académico y de sus rigideces reglamentarias, ajenas a las preocupaciones de la ciencia y a sus arduas polémicas. Momentos de vida que desbordan en ondas tónicas el fluido eufórico de la ale-

gría y que unen con apretados lazos de confraternidad profesional a nuestro grupo social, por su índole apartado de los convites donde la luz irradia, donde las flores perfuman y donde los sonidos embelesan, para no mirar en la existencia diaria sino las proteiformes torturas de todos los dolores humanos. Manifestaciones de nuestra existencia colectiva, tan raras como esta, deben ser cantadas y ensalzadas.

Nuestra vida de académicos quedaría ciertamente incompleta, si nos considerásemos satisfechos sólo con las elevadas recompensas de la inteligencia. Las dulces caricias del sentimiento, las gratas ternuras del corazón, producen también emociones, quizá más intensas y durables, las que transformadas en recuerdos, aliviarán después nuestras horas de melancolía. Son tan estimables para el bien del espíritu los frutos del estudio y la meditación, como los complacientes halagos de los afectos que hermocean con sus más bellos celajes el atardecer de la vida y tachonan con sus estrellas las noches del alma. El culto ferviente a la amistad ha sido divinizado por el hombre. Desde el sublime rasgo de Pólux, renunciando a la inmortalidad en aras de su fraternal cariño hacia Cástor, hasta la santa exhortación del Crucificado para que nos amemos los unos a los otros, se siente palpar en la existencia humana ese hondo anhelo de solidaridad. El nos cobija en estos instantes. Su influjo imperecedero nos ha vuelto a reunir aquí.

Minerva, al nacer del cerebro de Júpiter, no sólo trajo consigo los atributos de la ciencia, sino que inventó la flauta y produjo el olivo. Aquélla, esculpida o pintada en todos los monumentos antiguos, fué uno de los primeros instrumentos conocidos por el hombre para traducir sus más gratos sentimientos. Las notas delicadas y tiernas de las pastoriles flautas virgilianas, llegan todavía hasta nosotros saturadas de poético perfume, no evaporado al través de larguísima centurias.

Del olivo de la diosa de la sabiduría, tomó la paloma de Noé la emblemática rama de la paz y de la concórdia humanas.

Al reintegrarse hoy la disociada personalidad de la Academia, resucitando estas tradicionales reuniones, hay motivos sobrados de congratulación, tanto por lo que se refiere a la Corporación misma que ha esmaltado con el iris de la confraternidad el cristalino manantial de la ciencia, como por lo que toca a la Comisión iniciadora de la fiesta que ha sabido revivir dulces y aletargados sentimientos, que al integrar la vida de la Sociedad, han dejado entre sus miembros, además de los sapientísimos atributos primitivos de Minerva, sus posteriores dones de conmovedora poesía y amistad grata, bello estuche en el que guardaremos devotos la rica pedrería de las enseñanzas académicas, antes menos realzada y brillante por carecer de tan sugestivo joyero.

No permitamos que en la simbólica copa de Higea escancie el néctar divino, sólo el mitológico reptil. Reunámonos en periódica y recreativa sesión y libemos también nosotros el tres veces simbólico elixir de la ciencia, de la amistad y de la poesía.

Brindemos, señores, por la prosperidad de la Academia Nacional de Medicina, por la felicidad de todos sus miembros y por los que hicieron resurgir estas olvidadas sesiones.